

# Lucy, Prudencia y la Madeja Social Contemporánea

Dra. Angie Vázquez  
Catedrática Asociada  
Psicóloga Clínica, M.S.  
Psicóloga Social-Comunitaria, Ph. D.  
Agosto 2010

*La prudencia es el más excelso de todos los bienes.*  
Epicteto de Frigia (50-135) Filósofo grecolatino

En tiempos primitivos, el ser humano sobrevivía a duras penas, descubriendo rápidamente que maximizaba sus posibilidades de vida al unirse a otros de su misma especie formando grupos, accidentales y nómadas, en los cuales sus necesidades biológicas estaban mejor cuidadas y satisfechas



*El Neandertal  
300,000 años atrás*

que viviendo en total aislamiento. Era, y sigue siendo, condición inherentemente humana nacer de otro ser humano; por lo que viene obligado, al menos por cierto tiempo, a interactuar con la presencia de ese otro mater-sujeto, aunque nada garantizaba la permanencia de esa relación, esencialmente biológica, en tiempos primitivos. No existía, tampoco, la conciencia de grupo ni de la división de tareas sino cierta forma de pragmatismo instintivo de unidad primaria, aunando esfuerzos concretos en la consecución de una meta común esencial: la supervivencia diaria. En esas primeras épocas primitivas, cada ser humano estaba, en realidad, solo consigo mismo y la compañía humana era más un evento gestáltico, accidental y temporero, de proximidad y agrupamiento que uno de naturaleza psicológica.

El acompañamiento físico necesitaría siglos de evolución socio-genética para avanzar hacia una dimensión más compleja cognitiva que le llevaría, eventual y paulatinamente, al desarrollo de la conciencia del colectivo formando, racionalmente y no sólo por instinto, clanes y sociedades primitivas. Este proceso de maximización de potencialidades y oportunidades socio-biológicas nació de actividades inter-relacionales como en la caza para la búsqueda del alimento y en el desarrollo de herramientas que les permitió manipular la naturaleza con mayor efectividad. El primer conector, o aglutinador, social fue de naturaleza física; los aunados esfuerzos grupales darían paso a un nuevo nivel evolutivo que le llevaría al desarrollo de un conector abstracto social-cognitivo: el desarrollo del sentido de pertenencia colectiva y el desarrollo del grupo social como unidad psicológica conciente que complejizaría, por mucho, la condición futura de la especie.

He hecho pequeños ejercicios mentales de posicionarme, imaginativamente, viviendo en tiempos primitivos. Confieso que ha sido muy difícil colocarme en la vida de "Lucy", la magnífica *australopithecus afarensis* y solitaria homínida hembra de hace 3.2 millones de años atrás, cuyos restos fueron descubiertos en una cueva de Etiopía (1974), y sobre la cual los científicos han construido, mediante una aproximación etno-antropológica, su dura y solitaria vida alejada de clanes o grupos, a merced de la naturaleza y de otros animales. Es muy difícil desprenderse de la subjetividad para abandonar las condiciones socio-históricas en las que he nacido, y en las cuales he formado mis esquemas mentales sobre el mundo y el ser humano, como para reproducir esa experiencia de vida realmente solitaria



y nómada con suficiente veracidad o exactitud; pero puedo decir que en el amago de esos ejercicios imaginarios me resultó abrumadora la sensación de soledad, aislamiento y vulnerabilidad de la vida de “Lucy” bajo continua amenaza de los elementos naturales y en ausencia de las herramientas sociales que provee la conciencia del apoyo del grupo social en cuestiones como la empatía, la solidaridad, la cohesión, el apoyo; en fin, todo lo que eventualmente, y evolutivamente, nos hizo pensar, sentir y actuar como seres de una especie psico-biológica social que vive acompañada del “otro” insertado en complejas y multiformes redes sociales.



Afortunadamente, el ser humano continuó sobreviviendo, mutando y transformándose hacia niveles superiores complejos del pensamiento que le fueron diferenciando de otras especies animales. A nivel social estableció el grupo social como estructura necesaria definitiva, y del nomadismo inicial fue cambiando poco a poco al sedentarismo que daría nacimiento a las aldeas y, eventualmente, a las comarcas y ciudades. A nivel mental, el sujeto cognoscente fue, simultáneamente, creando sistemas primitivos de creencias abstractas que se convertirían en la estructura simbólica-psicológica paralela e importante que caracterizaría a la especie del “homo-sapiens”. Con esto, el ser humano se constituye sí mismo a la vez que puede continuar produciendo y consumiendo, de manera abstracta, sus productos mentales. Estas ideas, o producciones, incluyeron el desarrollo de códigos para hacer juicios positivos y negativos sobre el comportamiento del sujeto social que permitieron la construcción semiótica cultural, entre otras cosas, de lo que conocemos, desde hace muchos siglos, como valores sociales.

Los valores sociales son pronunciamientos culturales sobre la conducta ideal, incluso utópica, a la que aspira un grupo social de sus miembros sirviendo como guías regladas para el comportamiento social. Son determinantes sociales. Se fomentan y reproducen mediante el mecanismo de la socialización o aculturación; o sea, mediante procesos del acondicionamiento social o moldeamiento por aprendizaje social. Son un sistema de referencias a la vez que un sistema de influencias pues operan como mecanismos de presión social. Son claros, exigentes, rígidos, conservadores y resistentes al cambio, de forma muy similar al super-ego freudiano. Pero, en la medida en que la complejidad humana fue adquiriendo, en el pasar de los siglos, dimensiones problemáticas de exceso de población, hacinamiento, desigualdad en la distribución de los recursos para la garantía de su supervivencia, e inseguridad en la calidad de vida, los valores sociales se han ido difuminando, tornándose en guías

confusas y ambiguas, trazando una ruta obtusa, y confusa, como un camino lleno de brumas en medio de la niebla nocturna.

Desde tiempos antiguos, tanto en Oriente como en Occidente, los valores positivos recibieron el calificativo categorial de “virtudes”, en parte, porque estaban orientados a relacionar bien al sujeto con sus divinidades, y también por sus funciones armónicas del sujeto con su alteridad social. El discurso social de las virtudes buscaba formar y dirigir el comportamiento del sujeto social hacia lo bueno ayudándole a identificar aquellas acciones equivalentes a buenas obras. No existiendo, para aquel entonces, el concepto de individualidad que hoy tenemos, ni el concepto del “yo”, ni “ego” ni todas las dimensiones ni fronteras del “yoísmo” que conocemos, moderna y contemporáneamente, hacer una buena obra siempre estaba asociado con hacer bien a otros. Hacer buenas cosas siempre ocurría en función de la búsqueda de un bien común. Las virtudes, pues, fueron constituidas como códigos de interacción social del sujeto con su otredad. El objetivo y la funcionalidad de las virtudes, claramente, radicaban en la búsqueda, creación, establecimiento y mantenimiento de un estado social de armonía social.



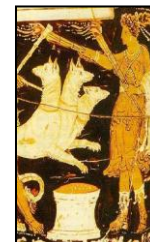
Escultura La Prudencia de Juan de Solís en el Museo de Artes de Sevilla

En la Grecia antigua se consideraban cuatro valores occidentales fundamentales que fueron la templanza, la justicia, la fortaleza y la prudencia. A través del tiempo, los valores fueron diversificándose y aumentando por lo que hoy día se reconocen diversas categorías o tipos. El inventario de valores incluye los de tipo religiosos, morales, estéticos, intelectuales, afectivos, éticos, sociales, físicos, económicos, científicos y políticos. Algunos ejemplos tradicionales de valores sociales son la paz, el respeto, la fraternidad, la solidaridad, la belleza, la dignidad, la felicidad, la cooperación, la honestidad, la honradez, la libertad, la responsabilidad, el amor, la sinceridad, el trabajo, y a partir de algunas épocas históricas como en el Renacimiento, la igualdad. En este ensayo queremos enfocar en la prudencia (del latín “*prudentia*”) que está muy asociada, desde tiempos antiguos, con la moderación y la prevención. Una

persona prudente modera sus impulsos, tras procesos de reflexión, para prevenir daños a sí mismo y a otros. Una persona prudente es ponderada, trata de ser equilibrada y es muy cautelosa con sus acciones frente a los demás. La ecuanimidad acompaña bien la prudencia siendo conceptos casi equivalentes. Pero la prudencia es un concepto complejo, a fin de cuentas, como todas las virtudes y valores sociales, demostrado así en la multiplicidad de sinónimos semánticos y lingüísticos reflejados en todos los diccionarios, tales como acierto, cautela, circunspección, compostura, cordura, discreción, juicio, miramiento, precaución, razón, recato, reserva, sigilo, tino, aviso, caución, cautela, circunspección, discreción, juicio, cuidado, enjuiciamiento, premeditación, prevención, previsión y providencia.



En la cultura egipcia antigua, la prudencia era reconocida como virtud y llegó a ser representada, como parte del bestiario mitológico que les caracteriza, como una serpiente de tres cabezas, tal vez asociada a la diosa Hécate que podía ser representada como una mujer de tres cabezas o como una serpiente de tres cabezas. La tríada que sale del cuerpo de la víbora se compone de una cabeza de león, una de lobo y otra de perro. Un análisis



semiótico ubica el cuerpo de serpiente como representativo de la astucia que caracteriza a dicho animal; el león, la fuerza animal; el lobo, la agilidad; y el perro la paciencia y lealtad. Así, para el antiguo egipcio, la prudencia era una combinación de astucia, fuerza, agilidad, paciencia y lealtad que permitió al pueblo diferenciar –mitológicamente– entre los grandes héroes y los grandes perdedores. El cristianismo defendió la prudencia como una virtud teológica. Era considerada como un buen hábito humano que ayudaba al mortal en su búsqueda de la perfección moral que lo preparaba y cualificaba para el ascenso espiritual hacia niveles superiores. Bajo estas influencias, la reflexión y la introspección continuaron siendo estimuladas durante el Renacimiento para cultivar la prudencia como arte y vocación.

Pintura *Las Vírgenes Locas y las Prudentes*- S XVII Obra de LISAERT -1615/1630-  
Museo del Prado- Madrid



Con el advenimiento de las revoluciones científicas y sociales del siglo XVIII y XIX, el pensamiento humano levantó la bandera de la prudencia para advertir sobre los horrores de las guerras, el incremento de la violencia social, las aplicaciones atrevidas y exploradoras de la ciencia así como del desarrollo de un capitalismo incipiente que, aunque venía disfrazado de progreso liberador, ya mostraba sus garras de explotación humana. El filósofo Rousseau invitó a hacer gestiones sociales para retornar el “hombre” a su estado natural, cuestionando la mala utilización de la prudencia en su época: *“...la inteligencia es peligrosa porque mina la veneración; la ciencia es destructora porque elimina la fe; la razón, mala porque opone la prudencia a la intuición moral”*. Pero el vertiginoso, e imparable, desarrollo de la ciencia del siglo XVIII logró sobrevivir estos y otros ataques para crear sus propios valores científicos, como el de la independencia intelectual, la racionalidad, el conocimiento crítico y el de la objetividad. A nivel macro-sistémico, en el siglo XIX, fueron incorporadas nuevas guías valorativas sociales atemperadas al nuevo sistema socio-económico del capitalismo en el cual valores materiales cobraron importancia nunca antes vista, como el dinero como valor en sí mismo y, con ello, nuevas formas de ambición y corrupción en los estilos de vida.



Mastil de bandera con la prudencia-  
Orfebrería Oriovo de la Torre

El llamado a la prudencia ha sido constante y persistente a través del transcurrir histórico humano en todas las sociedades posteriores a nuestra antepasada “Lucy”. Se esgrime como un llamado social directo al sujeto que le dice: detente, reflexiona, controla y evita... A veces la prudencia, acaso mal interpretada, ha podido ser juzgada como cobardía, indiferencia o laxitud; otras, como excesivo, y conveniente, resguardo de protección personal y no dudo que también como consentimiento conformativo al “estatus quo” de las cosas. La prudencia tiene esa particularidad. Es asumida por el sujeto porque, en última instancia, es asunto de responsabilidad individual pero siempre está sujeta a la interpretación y juicio valorativo del “otro”. Es, por tal razón, un código interactivo social importante. Sólo tiene verdadero sentido entre dos, o más, personas.

¿Dónde queda la prudencia en el pasar de los siglos? La prudencia sigue siendo una importante y útil herramienta, socialmente aprendida, de mensura valorativa de los actos, pensamientos y emociones del sujeto. Hace tiempo que dejó de ser un valor útil exclusivo del pensamiento filosófico y teológico para convertirse en un código esencial regulador de la vida social, cultural, secular y cotidiana. Indudablemente, la prudencia es una herramienta fundamental para sobrevivir en las redes, a veces mejor descritas como madejas, sociales.



En la posmodernidad, sin embargo, ya no hablamos de lo mismo, ni de aquella supervivencia biológica de “Lucy” contra las fuerzas naturales del mundo, sino de supervivencia psíquica ante los embates que provienen de la parte oscura, mala o dañada del ser humano moderno y posmoderno que invoca valores, en abstracto, de cosas que no practica, o llama valores a cosas que no lo son, como los anti-valores. Ahora que el ser humano ha evolucionado tanto, parece paradójico que su supervivencia psíquica esté tan fuertemente amenazada por las imprudencias cotidianas sociales alimentadas por el excesivo “yoísmo”, individualismo y egocentrismo infantil neurótico del sujeto contemporáneo. Vivimos en un mundo

social posmoderno donde la prudencia honesta, digna y sincera escasea, peligra, se tambalea. Aunque sigue siendo invocada como virtud conceptual se hace como acción verbal, “de la boca pa’ fuera” como bien expresa nuestra expresión cultural popular. La modernidad ha tenido un alto precio y el ser humano no parece haber hecho las paces con sus capacidades superiores sino que parece retornar, cada vez más, hacia su condición inferior animal.

¿Cuál es el anti-valor de la prudencia? Podríamos decir que el “afrentamiento”, la arrogancia o la “atorrancia”, como se dice en “vox populi”, ha sustituido la prudencia tradicional. La falta de prudencia lleva a la desfachatez, a la insensibilidad, a la desvergüenza (la indiferencia) o a la poca vergüenza (los abusos). Los anti-valores se multiplican en el mundo contemporáneo en manifestaciones que incluyen cosas muy negativas como el irrespeto, el egoísmo, la incomprensión, la desconfianza, la intolerancia, la indiscreción, la desobediencia, el abuso, la mentira, la falta de modales, el acoso y la burla, la injusticia, la hipocresía y la falsedad, la negligencia, el vano y falso orgullo, la altanería, la deshonestidad, la guerra, las muertes por odio, el divisionismo, la envidia, el prejuicio, la desigualdad, el abuso de poder, la infidelidad y la deslealtad. La imprudencia nos lleva a cierto tipo de error humano que nos pone en peligro porque predispone hacia la discordia debilitando los lazos sociales. Un sistema social que promueve y produce sujetos sociales de poca prudencia, o imprudentes, retorna a estados primitivos de ignorancia salvaje sin las excusas ni justificaciones históricas que tuvieron nuestros antepasados. Los anti-valores no son positivos y promueven conductas anti-sociales. Entonces, el pesimismo y el fatalismo se apoderan de las actitudes y estados mentales del sujeto social que vive en tales condiciones. La falta de prudencia se convierte en la acción de dar la espalda a la humanidad. Es tornarse en seres incivilizados. La pérdida del arte social de la prudencia nos infecta y ataca la cohesión social, la empatía, la nobleza. Nos hace necios. Nos insensibiliza. Nos torna en una especie cruel. Perdemos armonía social e individual. El sujeto social se deforma y se coloca en un camino lleno de problemas. ¿Será que Prudencia terminará, cerrando el círculo evolutivo humano, retornando a la soledad marginada de Lucy?

